



Cipriano Salvador Gijón

Es don Quijote el que guía

Eds. L'Encobert; Valencia, 2021

El silencio del marco

No fue en un cartapacio de un callejón de mercaderes árabes donde encontré el relato de este caballero andante. Ni mucho menos. A veces, la mejor manera de esconder un crimen es exponerlo a la vista de todos. Y este ha colgado de las paredes del Prado durante ochenta años: un retablo renacentista de Fernando Yáñez (c. 1475 – c. 1537) expoliado al inicio de la posguerra de su población natal, Almedina, en La Mancha, pese al esfuerzo para preservarlo del quijotesco escritor, pintor y maestro Cipriano Salvador Gijón (Pedro Muñoz, 1894 – Toro, 1975), quien, sin embargo, fue represaliado en varios penales durante cinco años. Esta es la historia de la reparación de su nombre.

De joven, el manchego Fernando Yáñez debió de viajar a Italia, puesto que a su vuelta a la península, en la València de 1508, empezó a facturar piezas marcadamente influidas por el *sfumato* de Leonardo da Vinci y Giorgione: “el más

exquisito pintor del Renacimiento en España”, dirá el historiador del arte Elías Tormo. Protegido por los Borja, su obra más importante durante una década de trabajo en la capital valenciana fueron las puertas del retablo mayor del presbiterio de la catedral, pintadas con el también castellano Fernando de los Llanos.

Pese a todo, poco antes del inicio de las Germanías, hacia 1518, abandonó València y partió hacia su pueblo, Almedina, en la comarca del Campo de Montiel, a mitad de camino entre Albacete y Ciudad Real, que entonces era uno de los centros de poder de la orden militar de Santiago por su situación estratégica como fortaleza natural desde donde controlar el paso de Sierra Morena. Sin ir más lejos, Rodrigo Manrique, gran maestre y padre del poeta Jorge Manrique, quien le dedicó una de las elegías más conocidas de la literatura castellana, firmó numerosos documentos de la orden allí mismo.

El objetivo de Yáñez volviendo a casa era acabar el retablo mayor de la parroquia de Santa María de Almedina, un trabajo espectacular según las referencias de Antonio Palomino y Juan de Butrón, deudoras de un epigrama perdido de Quevedo, quien, amante de la obra de Yáñez, se encargó de difundir su destreza en la corte real de Madrid un siglo después. No en vano, el conocido poeta era señor de la Torre de Juan Abad, una localidad muy próxima a Almedina, y tenía una estrecha relación con el gramático Bartolomé Jiménez Patón, del mismo pueblo. Desgraciadamente, el terremoto de 1755, el que también destruyó Lisboa, afectó notablemente la iglesia de Almedina y por esta causa, teóricamente, desapareció el magnífico retablo de Yáñez.

Cipriano, de salvador a culpable

Cipriano Salvador había nacido en 1894 en Pedro Muñoz, entre Campo de Criptana, El